

## SOBRE EL ESPACIO PUBLICO

Ruth Marcela Díaz Guerrero\*

Por esos espacios que llaman públicos, se mueven muchedumbres, eso se puede ver con solo salir a la calle; por espacios así, públicos, circulan murmullos que se esparcen por el aire como niebla, se hablan lenguajes sin silencios cuyos rumores pueden oírse más allá del sistema solar; la imagen del espacio es entonces como la de una neblina, inestable y gris o como esa pantalla ruidosa que señala la pérdida de sintonía aunque dejando ver destellos de color en fugaces instantes de claridad, presintiendo la proximidad de alguna señal, pero sin definirse nunca por completo.

Cuando la neblina se levanta, la ciudad está vacía como los horizontes en el páramo; solo se escucha el silencio y la soledad, propios para la oscura celda de un monje, ajenos para el perfil de los edificios, que sin gente, no tienen nada que decir; cuando cesa el murmullo no se escuchan los armónicos acordes de un interprete, no se escucha nada, pues no hay nadie que escuche.

El espacio público debe ser ese ejercicio de habitar que las gentes desarrollan en la ciudad, afuera; por oposición a un hogar o un adentro donde se recuperan energías, donde se descansa y donde se es uno mismo. Afuera es donde se puede hablar y ser escuchado por alguien más.

Isaac Joseph<sup>1</sup> señala como ese afuera es animado por temores y deseos: Uno es el temor a la identificación, al reconocimiento y al señalamiento, este es como un terror a la traición, ser traicionados y abandonados a la propia suerte, es decir a la soledad, en un lugar que no es propio; pero también existe simultáneamente un terror a la invasión, a ser agredidos, menospreciados e incluso ignorados, el terror a la invasión es el miedo a que se traspasen las fronteras invisibles de la propiedad y se pase por encima de nosotros mismos; un instinto de conservación que hace reaccionar ante aquello que se aproxima demasiado, también estimula la aproximación hacia ese otro, en el cual repetirse.

Esto último también tiene que ver con un deseo, igualmente paradójico, porque a la par que anima al ser humano a salir, a querer estar con otros, es también deseo de estar sin ellos; es un deseo de ir más allá de la angosta limitación de la propiedad, pero solo hasta aquella frontera donde surge el extranjero; ir cada vez más lejos, sin salirse de los límites. Es por ello que este puede considerarse como un deseo de colonización que permite llevar lo propio con cada cual y ser más que turista en propiedad o apropiarse transitoriamente de un lugar.

<sup>1</sup> Joseph, Isaac. El transeunte y el espacio urbano. Ensayo sobre la dispersión del espacio público. P 17. Editorial Gedisa, Barcelona 1988 Traducción de Alberto L. Bixio

\* Arquitecta

¿Y entonces, qué se es afuera? Si adentro esta lo propio, aquello de lo que se es dueño, lo inviolable, el hogar, el lugar de las relaciones controladas, conocidas, si adentro debe estar la familia, entonces afuera debe estar lo otro, eso a lo que llaman el espacio público y a lo que se opone lo privado.

El hogar era el fuego que alumbraba los dioses de la familia, los antepasados; el hogar mantenía junto lo que de manera natural se habría dispersado, iluminaba, daba calor y a la vez definía un espacio seguro. Afuera, lejos del hogar estaban la oscuridad, el frío y la enajenación. La locura (aunque no se llamase de esta misma manera) era la primera manifestación del estar afuera demasiado tiempo, una locura fruto de la pérdida de los lazos de propiedad, del ser ajeno a todo; esto era estar afuera, estar enajenado.

Con el tiempo, la luz del hogar se apagó, los antepasados se dispersaron y el mejoramiento en las prendas de vestir y los sistemas de iluminación (el bombillo) hicieron innecesario el ejercicio de compartir adentro. Adentro ya no se necesitaba el encuentro pues la máquina había reemplazado la mano de obra y la empresa familiar, los lazos de unión pasaron de ser necesarios a normativos; esto a la par que la locura dejaba de estar al aire libre; la locura fue encerrada y llevó su enajenación adentro.

Es posible que haya sido un puritanismo hijo de la necesidad de controlar al hombre hecho obrero incluso en su intimidad (o sobre todo en ella), el que haya enviado hacia fuera lo que durante siglos, estuvo dentro; un puritanismo que sospechaba del hogar como lugar de construcción del cambio impulsó el encuentro

al aire libre, a los ojos y oídos de todos. Una política de sanidad y aire puro recorrió las ciudades, las casas se hicieron mas pequeñas y ventiladas, los espacios se hicieron abiertos y públicos.

¿Qué quedó afuera? Lo que había sido expulsado del adentro, las relaciones, el encuentro, la unión, adentro solo serían "bien vistas" las relaciones contractualmente legalizadas (establecidas ante un tercero y notificadas en documento público) todo otro tipo de relación debería hacerse afuera, y si las relaciones que debían desarrollarse adentro se desarrollaban afuera entonces se estaba llevando una vida pública: hombres públicos, mujeres públicas: el murmullo empezó a crecer; si se pudiese escribir una historia del ruido, podría decirse que en este momento empezó.

Este nuevo afuera se hace reconocible y famoso con París, es recorrido por Benjamin o por Baudelaire en cada pasaje, este nuevo afuera hace al hombre transeúnte, flâneur, visitante de exposiciones, amigo de cafés y bulevares, hombre de la multitud<sup>2</sup>. El adentro tardará un poco más en reconstruirse. Aún se requerirán esfuerzos para deshabitar el interior y dar paso a la arquitectura moderna, encargada de formalizar esa nueva forma de adentro (y de afuera).

Un espacio cerrado con grandes ventanas, ventanales, ventana corrida, pared de cristal que ponía todo afuera, todo bajo control. Liberarse de los muros, como lo había sido en las catedrales del siglo XIV, era una forma de revolución, una que disolvía las fronteras entre

---

<sup>2</sup> Benjamin, Walter. Iluminaciones II, El París del segundo imperio en Baudelaire - El flâneur. P 63. Taurus ediciones, Madrid 1972. Traducción de Jesús Aguirre.

el adentro y el afuera, aunque esta disolución fuese solo virtual. Una guerra contra las cortinas, una cruzada contra las persianas, ahora que el interior estaba sano y purificado, debía verse, contemplarse e impedir que fuese contaminado.

Liberar el suelo, elevar los edificios abrir plazas y avenidas, remover los escombros de pasadas guerras, transformar las huellas de los conflictos en monumentos, sectorizar, zonificar, organizar el espacio, el tránsito, aumentar las velocidades en los conectores, diferenciar los tráficos, las áreas por densidades; es posible que todo empezara como ese suave rumor de vagancia por las tardes, pero de ello, poco o nada quedó.

¿qué quedó adentro? Si es cierto que el transeúnte se llevó afuera toda su capacidad de socializar dando lugar a la sociedad (y a la sociología), debería ser cierto que adentro se volvió el lugar del uno mismo. Debería, pues a partir de este momento se establece una necesidad de auto - afirmación individual, (manifestación de la autonomía del uno-mismo) a través de la construcción del espacio personal; para ser uno mismo, hay que “emanciparse” y abandonar el hogar familiar, adentro no cabremos todos.

Sobre lo primero, la interacción social en términos del encuentro “civilizado” con otro que es ajeno, este se presentó como algo que requería de un tratamiento para su normal desenvolvimiento, en esto consistía la educación cívica, en un manejo de uno mismo, afuera, como una domesticación del comportamiento exterior; la cultura, como el conjunto de conocimientos que permitían el acceso a estas normas (tratamientos normales) era algo que se obtenía adentro, de la educación y que ahora

debía servir al afuera. Esto estaba lo suficientemente cerca del ideal clásico: una educación al servicio de la polis forma ciudadanos, hombres políticamente competentes, mayores de edad. Adentro debería estar la escuela, los maestros, el conocimiento.

Pero esto afectó lo segundo, si adentro era el lugar del uno mismo, lo era porque allí estaba el capital sobre el cual avanzar hacia fuera, la riqueza, los conocimientos garantizaban el dominio del afuera, y si estos estaban dentro, esto implicaba que se debía privatizar la educación y el comercio, no porque simplemente se lleve el comercio de la calle o de la plaza al mercado o la educación establezca un curriculum; la privatización se interpretó como una liberalización de la educación y del mercado: liberar al estado y a la sociedad de la engorrosa tutela del menor y de la mercancía y darla a las instituciones, que como personas jurídicas reconocidas son ellas mismas, las representantes de esa mismidad: la paradoja había sido producida, pues se aislaba al individuo en la institución (en sí mismo) para enseñarle a ser social.

Lo primero, la socialización, el encuentro, el intercambio que había quedado como la acción a desarrollar afuera, era aprendido mediante un ejercicio de simulación, desarrollado a partir de la codificación de situaciones típicas: cuando salgas a la calle te has de comportar de esta manera, hablarás en voz baja... la urbanidad de Carreño, fue necesaria para sustituir el conocimiento político, (la cultura en el sentido universal) por maneras “políticamente correctas”, solo que ahora no había nada que intercambiar más allá de la fórmula de cortesía.

De esta manera, el flâneur se convirtió suavemente en un actor, un representante de la cultura, no un creador (o recreador de la misma) ni un interprete, los interpretes fueron llevados al interior y el artista como genio se convirtió en un personaje aislado de su entorno, una excepción que roza las fronteras de la demencia, más coleccionista que verdadero autor. “El interior no es solo el universo del hombre privado, sino que también es su estuche”<sup>3</sup>, pero el hombre contenido en este interior no se desborda al salir, pues se crea una nueva forma de contención, la moda. El espacio público se había transformado en el escenario permanente y afuera solo quedó espacio para escuchar las formulas elaboradas para cada situación, y ver los desfiles de modelos finamente seleccionadas y repetidas dentro de millones de variables cada vez.

Pero empezó a sentirse de nuevo un temor, ¿Afuera se estará en peligro, en tanto que adentro se garantiza la seguridad? Un temor familiar, pero diferente de aquella impropiedad que animaba a los hombres a recogerse frente a la seguridad del hogar animó la construcción de otra forma de interioridad, una intermedia que podría filtrar el afuera, los pasajes señalaban lugares intermedios, que aseguraban a un grupo de gentes al filtrar o reducir el azar de la multitud, algo que igualmente hizo la seguridad social. La seguridad del adentro también se transformó, ahora esta se fundaba más que en el conocimiento, en el orden y la planeación; tratando de no dejar lugar para los acontecimientos extraordinarios, en el hogar se desarrolló una estricta funcionalización de los espacios que dio nombre de mueble a cada lugar,

restringió el mobiliario, normalizó las medidas y creo los estándares, modulos del hombre típico, que deja fuera lo desconocido, el azar dentro del cual cabe con mayor probabilidad la catástrofe.

Sin embargo la seguridad del adentro no es estable, como tampoco lo es la inseguridad del exterior, el proceso de entrar y salir las vulnera y por ello se deben fortalecer las barreras que hacen permeables la intimidad del adentro y la publicidad del afuera, barreras que deberán ponerse cada vez más adentro (y más afuera); la intimidad se constituyó en un derecho y en un bien y la publicidad en una forma de vida, si bien no toda exterioridad es publicidad<sup>4</sup>. Los pasajes se cristalizaron y el vídeo como forma de visión a distancia, permitió estar afuera y adentro al mismo tiempo, al menos virtualmente, tanto como las revistas de farándula llevan cómoda y seguramente el adentro hacia fuera.

Lo que se mueve por estos pasajes ya no es el flâneur y lo que establece el vínculo del adentro y el afuera ya no es la mirada distraída del hombre de la multitud, ahora es algo informe (que no tiene forma) y en esto consiste su fluidez, lo que le permite deslizarse más sutilmente por las rendijas del adentro y el afuera (la noticia es solo una de sus variaciones), la información es lo que se necesita ahora para garantizar la seguridad, de los que entran y de los que salen y ella ha sustituido al conocimiento como resultado de una educación que privatizó al hombre en sí mismo, privándolo del sentido público, pero dotándolo de sentido publicitario.

---

<sup>3</sup> Benjamin, Walter. Iluminaciones II – París Capital del siglo XIX, Luis Felipe o el interior. P 183. Taurus ediciones, Madrid 1972. Traducción de Jesús Aguirre.

---

<sup>4</sup> Pardo, José Luis. La intimidad. P. 9. Editorial Pretextos, Valencia 1996.

El espacio privado como dentro, es ahora lo que se domina y se controla, pero también quiere ser lo que domina y controla. Como adentro está por fuerza cerrado (fuertemente cerrado, a pesar de puertas o ventanas), entrar o salir implica una violación que puede mitigarse disminuyendo la intensidad de ese salir, de manera que no se esté completamente afuera o que el paso por el afuera sea muy fugaz, aumentar la velocidad para ir rápidamente hacia otro adentro: en el carro, en el bus, salir brevemente es solo pasar de un interior a otro. Desde esta perspectiva el espacio del afuera se convirtió en sistema circulatorio.

Pero lo público, como afuera, se supone que debe estar abierto a la sorpresa, disponible para cualquiera, propenso al caos y nada de esto es posible en el espacio público como conducto, luego es posible que afuera, en el sistema circulatorio no se esté en el espacio público; éste asumido como el lugar de la libertad, implica tomar decisiones que el conducto ha normalizado a través de un sistema de tráfico, las decisiones tomadas en el espacio público, tienen una normalidad abierta e implican asumir riesgos y responsabilidades con otros; el sistema de tráfico busca reducir o en lo posible eliminar los riesgos.

Adentro, los riesgos y las responsabilidades son un espejismo, algo que se da solo con uno mismo.

El proceso de reversamiento del adentro sobre el afuera, continúa dándose e incluso hay quienes afirman que es una constante, y si bien lo cerrado fue virtualmente abierto por la arquitectura moderna, también es cierto que esta misma inició en la planificación el trabajo de cerramiento de lo público; en un esfuerzo por ordenar y controlar; el hombre privatizado quiere poner el orden afuera, como en su casa.

La educación en lo privado, enseña un uso privatizante del espacio, enseña a colonizar y a apropiarse, a planificar y a ordenar, a territorializar y a circular, podría decirse que esta educación enseña a salir del adentro, lo cual es necesario (así convierta este afuera en nuevo adentro); sin embargo, lo que no puede enseñar lo privado y que también es necesario pues forma parte del afuera, es el ejercicio de la hospitalidad, el dejar entrar o el dejar pasar, tanto como el dejar salir o pasar a otros; la hospitalidad como forma de intercambio es lo propio del afuera y convierte el adentro en un afuera, permitiendo la recreación del espacio, su fluidez; la hospitalidad como el afuera parte de algo que la propiedad no permite, el don, algo que se da libre y espontáneamente sin esperar nada a cambio, como el dejar el lugar propio a otro se convierte en transitar.

La única forma de intercambio que conoce la privatización es la de compraventa y el pasaje que esta ha institucionalizado es el que da acceso a un medio de transporte, el manejo privatizado del espacio se funda en una semiología del lenguaje, dar una cosa por otra, un comercio comunicativo que considera el signo como una moneda (la que se usa para comprar el pasaje) y el regalo como algo sospechoso (quizá esto tenga un origen equino – mitológico – troyano).

Así, el lenguaje aprendido privadamente es una moneda que no debería circular libremente en el espacio público, Derrida quizá la llame una moneda falsa para señalar esa ilegalidad de su transacción; pero no lo es, no es falsa, es solo moneda extranjera, pues en el verdadero espacio público, aunque todo es negociar, no hay nada que comprar ni que vender (y hasta es posible que el exceso de metálico implique sobrepeso), todo es gratis y todo es ajeno. Pero no se deben producir malentendidos, pues esta es una forma muy espacial de economía.

El espacio público, encasillado en la tienda o en el centro comercial debería pasar de ser un escenario de ese mercadeo a convertirse en un solo y eterno negocio, un constante transar (no necesariamente transitar), un ceder y conceder que se da a través de un trato que no se resuelve nunca; una teoría elástica de las transacciones, bastante apropiada para una generación que se ha acostumbrado al dinero plástico, diría que lo propio del espacio público es vibrar gratuitamente y sin provocación, por que sí, y a través de esa sismica mantener viva la cultura, principalmente porque su don máspreciado, el que debería incitar a los seres humanos a salir fuera es el de aprender libremente del encuentro con los otros, de qué se es capaz individualmente y como la unión permite multiplicar en lugar de sumar.

Desde la óptica de lo privado afuera no se sale a aprender sino a comprar o a vender, la publicidad es necesaria y se caracteriza por estar orientada al espacio público como forma de comunicación de mercado que permite mantener la oferta y la demanda; quienes no tienen capacidad de oferta o de demanda son los nuevos enajenados de la exterioridad, ellos no están locos por estar afuera (ni están afuera por estar locos), aunque suene tonto, están afuera porque no tienen un adentro, no tienen una propiedad de sí mismos, más que estar desocupados, han sido desocupados, son siempre impertinentes y molestos, por esto son considerados locos o maleantes; pero también por no tener poder de adquisición, estorban dentro del sistema de mercado y por ello deben quedarse en las áreas no comercializables, en las zonas de riesgo.

Sin embargo, estos hombres educados igualmente en la privacidad, a través del lenguaje, cuando están afuera (siempre) ejercen (o tratan de ejercer) el mismo comercio territorializante, no actúan de manera diferente a ningún otro ciudadano, son tan inhóspitos como los demás, pues son sus iguales, solo que ellos circulan sin llegar a ninguna parte y saturan

los sistemas de tráfico. Ellos son la causa del temor de quienes ven amenazados sus intereses al salir, por ello la seguridad social debe convertirse en orden público, debe invertirse en orden público y la limpieza de los conductos, la desocupación del afuera debe ser la nueva prioridad<sup>5</sup>.

El murmullo se debería escuchar en el fondo, debería mantenerse como manifestación del tránsito, de la transacción, como expresión del diálogo que hace del afuera, en términos de Simmel, un horizonte de paz; para que el espacio fuera realmente público, debería estar vivo y su principal característica sería esa diferencia que siempre tendría a disposición de todos, como un buen chisme, algo que no se agota al contarlo.

En su lugar, ese espacio al que se quiere llamar público es resultado de una desocupación, los hombres son desocupados y desplazados, los espacios son desocupados en aras de permitir el desplazamiento fluido, el espacio público es recuperado a la fuerza y habitado por un ruido de máquinas y de tráfico que es una sola voz repetida a destiemplos, es ruido de aceleración y noticia impactante, es titular y terminante; por eso cuando se detiene el desfile, queda la ciudad vacía y en silencio, (cuando el semáforo se pone en rojo, el desfile se detiene y los desplazados se mueven por entre los vehículos tratando de obtener algo que les garantice la estabilidad).

La guerra se libra en esos vacíos, en la ausencia del diálogo, en el trancón, en el espacio absoluto de la indiferencia y su principal manifestación es el silencio.

---

<sup>5</sup> Haussmanización es el término usado por Benjamin para señalar la acción demoledora de Napoleón sobre París, la apertura de las barricadas, la disolución de la comuna y su transformación en masa, desfile de muchedumbre obediente ... "los trazados de Haussman, fueron todos hechos arbitrarios, ellos no obedecieron a las rigurosas conclusiones del urbanismo. Fueron las medidas de un orden financiero y militar..." Le Corbusier, citado por Benjamin en París Capital del Siglo XIX. Haussmannisation, combats de barricades, dans le livre des passages. Les éditions du cerf, Paris 1997.